

## < Capítulo 19 >

Kinuan solía llevarme al barrio bajo. Y sin darme ninguna explicación, me empujaba a participar en peleas.

El objetivo de estas peleas no era ganar. Lo importante era ver hasta qué punto podía optimizar mi método de combate. Era fundamental conocer siempre mis capacidades, pero también tenía que leer todo lo posible sobre el enemigo, desde la dirección de sus pies hasta el movimiento de su mirada, nada más verlo. Después, tenía que evaluar el entorno y trazar un camino que me diera ventaja.

Una vez terminada esta sesión de entrenamiento de «pelea», Kinuan solía parar en un lugar concreto.

Crujido.



Abrí la puerta y entré en un pequeño taller mecánico. La mujer que estaba en el banco de trabajo nos miró a Kinuan y a mí, y luego se subió las gafas.

«Oh, bienvenidos».

Nos saludó con la cara manchada de aceite.

«Así que esta mujer es mecánica».

Era la mujer a la que había rescatado de la oficina de la banda no hacía mucho.

Después de escuchar su historia, supe que había estado desaparecida durante varios meses, soportando cosas terribles. Afortunadamente, no se había derrumbado mentalmente por completo; tan pronto como concluyó su terapia psicológica, pudo volver a su vida cotidiana.

—Gilda, ¿me traes un café? Solo. Con suficiente aceite flotando en la superficie como para saborearlo.

Kinuan la llamó por su nombre. Gilda dejó lo que estaba haciendo y se levantó. Sin mostrar ningún tipo de renuencia, abrió la puerta de la sala de descanso y luego miró en mi dirección.

—¿Y Luka? ¿Quieres leche?

—... Yo también tomaré café. Sin aceite.

Si bebía leche aquí, Kinuan se burlaría de mí sin duda. Así que mencioné el café, aunque no me gustaba.

Srrrk.

En cuanto Gilda entró en la sala de descanso, me enfrenté a Kinuan.

—¿De verdad tenemos que pasar por el taller de Gilda solo para tomar café? Ya le he pedido a Gabriel que la visite de vez en cuando.

«Gilda es la mujer a la que salvaste. ¿No te hace sentir al menos un poco orgulloso verla vivir con tanta determinación?».

Mentiría si dijera que no. Pero quería descubrir la verdad detrás de las palabras de Kinuan.

«Tú conocías a Gilda, ¿verdad, instructor? Aunque ella no sepa quién eres, tú la conocías desde hace mucho tiempo».

Una pizca de sorpresa se reflejó en el rostro de Kinuan, pero desapareció al instante tras su sonrisa.

—Gilda también es del orfanato. Desde pequeña tenía talento para la ingeniería mecánica, así que incluso llegué a patrocinar sus estudios. Probablemente no sabe que yo era su patrocinador, así que manténlo en secreto.

Kinuan se llevó un dedo a los labios, como para pedir silencio. No pude indagar más en sus sentimientos ocultos. La breve alteración en su expresión había sido fugaz.



Clatter.

Gilda salió con una bandeja con dos tazas de café. Una de ellas hacía un ruido burbujeante debido al aceite.

«Un café excelente, sin duda».

Kinuan comentó mientras sorbía su café aceitoso. Si lo bebiera, probablemente me quemaría el estómago. Ese café estaba destinado a personas con implantes ciberneticos que sustituían sus órganos internos.

Tomé un sorbo del café normal. Sinceramente, era amargo. Casi me dan ganas de hacer una mueca. Apenas pude tomar otro sorbo.

Srrrk.

Al ver mi vacilación, Gilda me ofreció en silencio un cuenco con terrones de azúcar, como si me lo ofreciera con consideración.

—Hmm, realmente no tengo mucho que ofrecer a mis salvadores. Al menos debería haber comprado unas galletas...

—Las galletas estarían bien. A Luka le gustarían. Al fin y al cabo, aún es joven.

—Es cierto, ¿no? Me aseguraré de comprarlas la próxima vez.

Mientras escuchaba su conversación, dejé de intentar intervenir. Kinuan miró mi expresión y se rió como si le divirtiera.

Gilda era unos siete años mayor que yo y una mecánica con mucha experiencia. Dijo que hacía tres años que había abierto su taller.

Ya había oido antes la razón de su secuestro. Realmente había tenido muy mala suerte. Uno de sus amigos se fugó con el dinero de la banda y acabó refugiándose en la tienda de Gilda durante unos días. Por eso, la banda se llevó también a Gilda, como medida adicional.

«Por supuesto, ese amigo ya no está en este mundo».

Sin nuestro rescate, Gilda habría caído en una situación sin remedio. Aunque ahora parecía estar bien, su mente había llegado al límite. Probablemente aún sufriría secuelas. Quizás pesadillas todas las noches, o algo por el estilo.

«¿Cómo va el negocio? Imagino que habrás perdido muchos clientes habituales mientras estabas fuera».

preguntó Kinuan, bebiendo la mitad de su café. Gilda señaló las prótesis de piernas y brazos que colgaban del techo en grupos.

«Gracias a eso, ahora solo acepto los trabajos que puedo, incluso los que no pagan. Pero el mantenimiento de Gabriel me mantiene bastante ocupada. Hay mucho que hacer con todas las inconsistencias de sus modificaciones».

Gilda nos miró y luego cerró la boca. Tenía preguntas, pero se contuvo.



No sabía que éramos de la Guardia Imperial. Y no indagaba en los antecedentes de sus salvadores. Era una mujer sabia. Sentí cierto respeto por Gilda, que vivía su vida con resiliencia.

Gilda y Kinuan charlaban tranquilamente. Yo me senté allí, esperando a que terminara la conversación.

—¿Eh?

De repente, sentí que alguien se acercaba y miré hacia la entrada. Incluso antes de que se abriera la puerta, supe quién iba a entrar.

«Gabriel».

Gabriel abrió la puerta y entró. Se sobresaltó cuando nos vio a mí y a Kinuan. Para ser precisos, fue Kinuan quien lo asustó.

Gabriel sentía un miedo natural hacia Kinuan. No podía calibrar la profundidad del carácter de Kinuan. Gabriel sabía bien que, si Kinuan lo deseaba, podía borrar a alguien como él sin dejar rastro.

—¿Qué es esto, Gilda? ¿Desde cuándo sirves bebidas? Si es así, tráeme una cerveza.

Gabriel intentó disimular su sorpresa con bravuconería, pero eligió un asiento lejos de Kinuan.

«Te daría una, pero muestras signos de sobrecarga del sistema nervioso por uso prolongado. Aléjate de las drogas y el alcohol».

«¿Eres mi médico? De todos modos, no pienso vivir mucho tiempo».

«Cuando llegue el momento, no vengas lloriqueando para que te salven. Cuando tu sistema nervioso falle, morirás con un dolor horrible. No te quedarás dormido y morirás en paz».

El tono de Gilda era cínico, como si hubiera tratado con gente como Gabriel muchas veces.

Gabriel se limitó a encogerse de hombros y beberse la cerveza de un trago. Después de beber la mitad de un solo trago, me miró directamente a los ojos.

«Tú eres el que está agitando el inframundo últimamente, ¿verdad? ¿Qué estás tramando? Se rumorea que te estás haciendo famoso. Cada vez oigo a

más jefes decir que es hora de pasar a la acción. Si gente como esa se involucra, no podré proteger a Gilda».

En esencia, también se estaba dirigiendo a Kinuan. Gabriel sabía que yo actuaba bajo las órdenes de Kinuan.

Si los jefes de las bandas empezaban a perseguirnos, Gilda también estaría en peligro.

Miré a Kinuan. Era imposible que no fuera consciente de los mismos hechos que Gabriel y yo sabíamos.

—En cualquier caso, no podremos venir aquí durante un tiempo. No es algo por lo que debas preocuparte.

La más sorprendida por esto fue Gilda. Yo también me quedé un poco sorprendido. Kinuan nunca me había dicho algo así antes.

—Si dices «un tiempo», ¿a cuánto te refieres?

—Podrían ser unos meses, o incluso unos años. Ambos sabéis que no pertenecemos al distrito inferior, ¿no? No intentéis indagar más.

Si valoráis vuestras vidas, claro está.

Incluso sin añadir esas palabras, Gilda y Gabriel lo entendieron perfectamente.

«¿Entonces no volveremos al distrito inferior durante un tiempo?».

No podía ir al distrito inferior por mi cuenta. No recibiría autorización de los superiores.

Sinceramente, me sentí un poco decepcionado. Parecía que había desarrollado cierto apego.

Hoy podría ser la última vez que los viera. Quizás por eso Kinuan se quedó más tiempo de lo habitual en el taller de Gilda.

Gabriel y Gilda charlaban animadamente, con ellos en el centro. Como no podía revelar detalles sobre mí, me quedé en silencio y me limité a escuchar la conversación.

«Gabriel y Gilda».

Poco a poco, empezaba a comprender qué tipo de personas eran Gabriel y Gilda. Cada uno se esforzaba a su manera por sobrevivir en este mundo.

Tras su terrible experiencia, Gilda afrontó la realidad y volvió al trabajo inmediatamente. Gabriel, siempre dispuesto a correr riesgos, hacía todo lo posible por no ser menospreciado en el mundo al que pertenecía. Para ellos, esa era la única forma de seguir adelante.

«Pero no podían cambiar la realidad que les rodeaba».

No habían conseguido escapar de este lugar.

Era cierto que yo tenía talento. Pero el hecho de tener talento no significaba que no hubiera trabajado más duro que ellos. Había vivido mucho más

intensamente que Gilda y Gabriel, quizás varias veces o incluso docenas de veces más. Mis logros y mi estatus los había conseguido con sudor y sangre.

«No sientas lástima por los que están en la parte baja, Luka. No lo merecen».

Me lo repetí a mí mismo mientras bebía mi café, cargado con cinco terrones de azúcar.

Hmm, ahora por fin era bebible.

\* \* \*

Los preparativos para la evaluación psicológica estaban completos.



Cuando salí de mis aposentos, el tiempo estaba nublado y tranquilo. Caminé hacia la oficina del comandante de la Guardia Imperial, concentrándome en controlar mi interior.

«La persona que muestro es una versión modelada de mí mismo».

La repetición lo convierte en realidad.

Con la mente tranquila, llegué a la oficina del comandante de la Guardia Imperial e informé de todo lo relacionado con el comportamiento y las palabras sospechosas del instructor Kinuan.

El comandante reflexionó en silencio sobre mi informe. Soltó un suspiro pensativo y movió los labios.

«... ¿Es eso todo lo que tienes que decir?».

«Eso es todo, señor».

«El instructor Kinuan comenzó el entrenamiento de cadete más tarde de lo habitual. Es alguien que normalmente no podría unirse a la Guardia Imperial. Pero en ese momento, el Imperio tenía que aceptar impurezas si eran necesarias. Era un período de disturbios generalizados».

Kinuan destacaba dentro de la Guardia Imperial. Yo mismo lo sentía profundamente. No podía entender por qué alguien como él seguía siendo tolerado.

«Es imposible que los altos mandos no conozcan la ideología y las acciones de Kinuan».

Kinuan ni siquiera parecía molestarse en ocultarlo. Era una impureza en el Imperio.

Una pregunta surgió en mi garganta, pero la contuve con paciencia. La curiosidad no era el deber de un soldado.

El comandante continuó mientras yo guardaba silencio.

«Ni siquiera yo sé del todo qué tipo de hombre es Kinuan. Desde mis primeros días como novato, Kinuan ha sido una figura central en la Guardia. Sospecho que se le han asignado principalmente misiones no oficiales».

No pude ocultar mi sorpresa. No, esto era algo que sorprendería a cualquiera. Significaba que ni siquiera el comandante de la Guardia Imperial tenía acceso a información o registros sobre Kinuan.

El comandante no dijo nada más sobre Kinuan. Probablemente no me haría ningún bien saber más. Conocer un secreto era peligroso. Los secretos debían guardarse, y la forma más segura de hacerlo era mediante la muerte.

«... En cualquier caso, es cierto que Kinuan parece haberte tomado cariño. Ha enviado cadetes varias veces antes, pero ninguno de ellos duró mucho tiempo».

Las palabras «no duraron mucho» se me quedaron grabadas en la mente.

Quería preguntarle qué quería decir con eso. ¿Era porque carecían de la aptitud necesaria para aprender el método de combate Arkies, o habían corrido otra suerte?

Era solo una suposición, pero tenía la sensación de que, entre los cadetes que se habían acercado a Kinuan, algunos no habían salido con vida.

«Luka, si tienes curiosidad por algo, no dudes en preguntar. Te diré todo lo que pueda dentro de lo razonable».

«Solo sigo órdenes, señor».

Mi respuesta fue inmediata, sin vacilar.

Soy un soldado leal. La espada del Emperador y el escudo del Imperio. Aunque me ordenaran saltar a un pozo de fuego, no dudaría.

«Eres excepcional. Pero aún no eres perfecto. En este momento, te encuentras en un estado en el que podrías ser fácilmente influenciado. Tendrás que someterte a otra evaluación psicológica».

Era lo que esperaba. Acepté la evaluación psicológica con calma.

Bip.

El comandante abrió una interfaz holográfica para ajustar mi agenda. Haciendo uso de su autoridad, concertó la evaluación psicológica para esa misma tarde. La agenda actualizada apareció en mi pantalla retiniana.

Después de concretar la cita, el comandante cerró los ojos y se presionó las sienes con los dedos. Parecía que estaba lidiando con varios asuntos problemáticos, además del asunto de Kinuan. Dudó un poco antes de hablar.



«Luka, voy a ser franco. Hay dos resultados posibles para un cadete de la Guardia Imperial asignado a este tipo de misión: o se le silencia, o asciende a un puesto destacado dentro del núcleo de la Guardia demostrando su valía. Quiero que seas lo segundo».

Yo era alguien a quien podían eliminar en cualquier momento. No tenía antecedentes, ni conexiones, era un forastero. Era perfecto para este tipo de misión. No sentía resentimiento. Era natural que un soldado fuera utilizado como herramienta del Imperio.

«Simplemente estoy aquí para cumplir con mi papel. Si al final de esto sigo siendo el mismo, confío en que me apoyarás con la misma fuerza, comandante».

Era seguro mostrar este nivel de ambición. Al fin y al cabo, mi afán por mejorar y alcanzar logros era notablemente alto.

«Si los resultados son satisfactorios, seré tu respaldo. Para ser precisos, te adoptaré como si fuieras mío. ¿Luka Kusthoria? Hm, no suena mal».

Me quedé completamente paralizado, con los ojos muy abiertos. Esta recompensa superaba todas mis expectativas. Una sonrisa torpe casi se dibujó en mis labios.

El comandante se llamaba Hemillas Kusthoria.

¿Y Kusthoria? ¡Una de las familias más renombradas del Imperio! ¡Maldita sea! Estaba tan emocionado que casi maldigo. Era un trato entre el comandante y yo, una oportunidad que me había ganado únicamente por mis propios méritos.

No podía ocultar la oleada de emociones que se apoderaba de mí. Seguramente el comandante podía oír los fuertes latidos de mi corazón.

«... Me acabo de dar cuenta de que quizás sea más superficial de lo que pensaba».

El comandante sonrió en silencio. Saludé y salí de la oficina.